

SALMO A DIOS

Bendigo mi dolor! Cuando el deleite
 Con su raudal de luz mi frente heria,
 Tus inmensos arcanos de ternura
 Su pérfido reflejo me escondia.
 "El Dios es el placer," grité blasfemo,
 Pegando el labio impío
 Al borde hirviente de su copa de oro.
 El Dios es el placer! Feliz la vida
 Si en ilusiones vierte su tesoro
 Que ardiente agota la sensual querida
 Y era el vivir torrente enfurecido
 Que arrollaba las aguas de la fuente,
 Que arrancaba las plantas y las flores,
 Y que tornaba la floresta amena
 Rambla desnuda, de infecunda arena!

Así perdido en raudas tempestades,
 Respirando la atmósfera de fuego
 De ilusiones sin fin, la fiebre ardiente
 Me engañaba con pérfidos ensueños,
 Que volaban lascivos y risueños,
 Refrescando con su ala vagarosa
 La volcánica cútis de mi frente

Amor! poder! acentos seductores
 Brotando de las cuerdas de mi lira,
 Siempre aspirando el néctar de las flores,
 Fanático adorando en la mentira

Dios de mi corazón! ¿tú, dónde estabas?
 Ese aire que mi pecho levantaba,
 Esa sangre de lava que en mí ardía,
 ¿Por qué nunca tu nombre me clamaba?
 ¿Por qué nunca tu nombre me decía?

Y yo ese acento en cánticos sensuales
 Pródigo derramaba en las orgías
 Y maldije en terribles bacanales
 Las leves horas, los fugaces días
 Que me arrancaban el placer intenso

Vino el dolor! cual de marchita rosa
 Las místicas hojas al vaiven del viento
 Riegan la tierra,—arranca mis placeres
 Y me entrega desnudo á mi tormento

Vino el dolor! como al temblar el suelo
 En honda grieta se hunde hermoso río,
 Dejando rocas y arenal ingrato
 En su lecho vacío,

Así quedó mi vida
 Al golpe de la suerte enfurecida.
 Vino el dolor! llevóme en su corriente.
 Yo mis manos tendia
 Al placer delincuente
 Que en la orilla seguro me veia,
 Y me dejaba hundir indiferente
 Revuelto entre sus olas tempestuosas,
 Viendo en el borde encantadoras rosas,
 A su tallo mis manos se alargaban,
 Y mis manos rasgaban
 A mi tacto meciéndose graciosas.

Como inútil despojo de un naufragio
 Así me vieron las extrañas gentes:
 ¿En dónde está el amor? ¡Ay! los amores
 Huyen su labio á la miseria fria
 ¿En dónde está el placer? Ay! los placeres
 Se agolpan en bullicio y torbellino
 Donde en rauda corriente salta el vino
 Y venden sus encantos las mujeres.
 ¿Dónde está la amistad? Ay! los que lloran
 Piedad encuentran, hallarán abrigo,
 Otro hombre acaso les dará un consuelo,
 Cual moneda que damos á un mendigo:
 ¿Más donde está el amigo?
 En dónde? á quién volverme? la blasfemia
 A mi labio en secreto aparecia
 Cual flecha envenenada
 En la cuerda del arco reclinada,
 Palpitando en la mano del salvaje,

Que no encuentra en el árido desierto
 Un objeto en que cebe su coraje.
 Adónde? á quién volverme? Yo era extraño
 Al lenguaje de Dios! mi vil acento
 Era una injuria atroz, era un engaño
 Al Señor de la luz y el firmamento.
 Y, en honda angustia y con intenso grito,
 Clamé á la muerte como solo amparo
 Del hombre abandonado y el proscrito.

El dolor, entre tanto, gota á gota
 Su hiel en mi alma sin cesar vertia,
 Y alejaba su mano descarnada
 El sueño que á mis párpados venia,
 Unico alivio al alma fatigada.

Yo, clavado á mi carne, me exaltaba
 Como tigre azuzado entre los hierros,
 Por la cobarde turba escarnecido,
 Y al lanzarme á mis rudos enemigos
 Escuchaba su mofa y su algazara,
 Viéndome quebrantar contra las rejas
 De mi fatal prision. ¡Duro quebranto!
 Embriagóme el ajenjo de mi pena,
 Y el cáliz del placer que con espanto
 Miré ante mí vacío,
 Fué rebosando con mi propio llanto
 En mi aislamiento umbrío.

Sin Dios, sin porvenir, sin ilusiones,
 En lo profundo del dolor hundido,
 Escuché las divinas oraciones
 Que entre sollozos mi mujer vertia,

Arrodillada en medio de mis hijos,
 Y que por mí pedía:
 Suele envolvernó lóbrega tiniebla;
 Cual muro espeso pálpanse las sombras;
 No hay tierra, no hay confin, no hay horizonte:
 El vasto llano y el hogar seguro
 Son un sepulcro oscuro,
 Una lápida negra el firmamento,
 Y la nada girando por el viento,
 Pero raja el relámpago los cielos,
 Y brota la ciudad y alumbra el llano,
 Y en tan rápido instante
 Revive la creacion, el mundo existe
 Y de luz inefable se reviste.
 Tal vino á mí, por la oracion divina,
 Tu asistencia, Dios mio!
 Tal vino á mí, cuando en mi noche umbría
 Alumbró la oracion de mi María
 La honda tiniebla de mi sér impío.
 Ella oraba al amparo del doliente,
 Ella oraba al consuelo del mendigo,
 Que dió follaje al fresno, espiga al trigo,
 Alas á la viajera de los astros
 Luz de los cielos, al insecto abrigo.
 Bendigo mi dolor! ; Cuál es el canto
 Digno de tí, Señor! ; tú con un soplo
 Diste vida á la mágica armonía;
 Tú, música del orbe, tú la fuente
 De la alma melodía.
 Oh! ; quién pudiera con la luz hablarte!

Quién pudiera cantarte en los perfumes!
 Bastarda encarnacion del pensamiento,
 Palabra del mortal, tú no eres digna
 De volar á mi Dios! Por esto abriendo
 Mi corazon á ti, bañado en lloro
 Y en éxtasis sublime enmudeciendo,
 De tí me lleno y en tu esencia adoro!